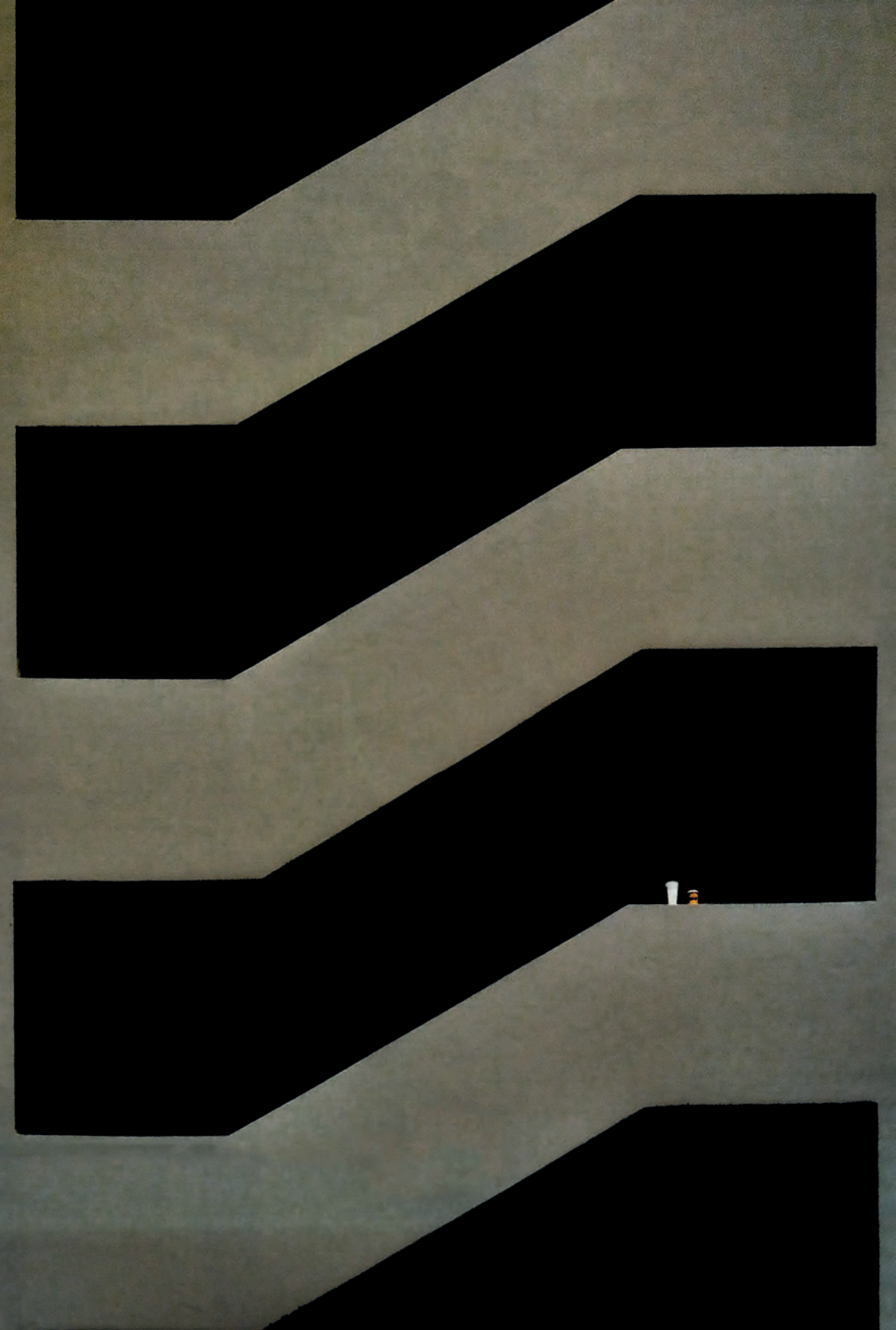




LIMINAR



El ser humano, arrebatado, como el *Ángel* de Klee, por los implacables vientos de la temporalidad, según nos describe Walter Benjamin en inolvidable reflexión, se encuentra enhebrado en su ser y en su acaecer por los trazados implacables de los límites, y por el ansia y el estremecimiento de la inmensidad.

En esa tensión parecen incubarse el sentido y el sin sentido de la vida.

La percepción de mundo y de sí mismo se hace posible en esa tensión pues, como diría Pascal, todo el mundo visible no es más que un imperceptible trazo en la inmensidad de la naturaleza.

Entre el imperativo identitario y, en el otro extremo, la apertura de la conciencia crítica y la conciencia estética, límite e infinito confluyen en ese animal a la vez apetente de sentido y paradójico que es el hombre.

La percepción de las cosas y del horizonte de las cosas; la percepción del acaecer, de la fijeza y del movimiento confluyen en la permanente y cambiante visión de mundo de un individuo, en la sintaxis “yo - otro”, en cada instante de una sociedad, de una cultura. Visión que labra en la pantalla de la conciencia la tesitura del estar y el acaecer en el mundo.

En hermosa reflexión que se repite en diversos momentos de su obra, Heidegger ha señalado que la piedra carece de mundo, el animal es pobre de mundo, el hombre es configurador de mundo. La piedra, ciertamente, en su fijeza es soporte para la edificación; y para la resistencia y para el dejarse llevar por el fluir indetenible del río, por el impulso de la vida animal que le llega desde afuera; o por la intencionalidad del

hombre, que corta, separa, transforma, edifica. El animal guiado por una conciencia sensible realiza, en actos de repetición instintivos, sus condicionamientos y hábitos, férreamente regidos, en la sobrevivencia del luchar por la comida, para aparearse, para el rugido y el dormir vigilante.

El hombre interviene en la fijeza de la piedra y en los círculos de repetición del animal, en rituales de integración o distanciamiento y crea figuraciones donde labra su visión de mundo; y en la argamasa del lenguaje, en los ríos profundamente humanos que el lenguaje le otorga el hombre edifica la cultura. Su cultura.

Arrebatado de intencionalidad el hombre crea, entre certezas e incertidumbres, los ámbitos de sus figuraciones, los ámbitos de su real, en imaginables e inimaginables contextos de ceguera. Rodeado de zonas que se resisten a la percepción, se instala en el claro de bosque de la realidad: asediado por la espesura impenetrable el hombre se instala en la serenidad, en la protección, en las presuposición, en la seguridad de su realidad. En este sentido Blumenberg ha señalado que solo es posible ver desde ángulos de ceguera.

Limitación de la percepción del sentido de la vista, ciertamente, pero también del olfato y el gusto, del tacto y audición: cinco ventanas, cinco hilos cercados de limitaciones para el habitar del humano ser en los horizontes y abismos del mundo. Los sentidos como falsos testigos, nos dice Heráclito, deslindando objetos, horizontes, movimientos, ondulaciones de inteligibilidad y precisiones de intencionalidad; en el mismo momento en que establece la brecha con el oceánico acecho de lo ininteligible.

En su claro de bosque el humano ser habita en modulaciones de normalidad, como ha señalado Aristóteles, de presuposiciones y reconocimientos, en redes de dominio o figuraciones de libertad. El humano ser en su claro de bosque, frágil y protegido en su burbuja de oxígeno, en su burbuja de lenguaje que proporciona en cada instante, lo que sacia la más humana de las apetencias: la apetencia del sentido. De este modo ha señalado Nietzsche que el hombre puede soportar casi todo siempre y cuando lo comprenda.

Los límites de la percepción trazando de manera enfática la condición del ser del límite que es la condición humana.